

D. HERMÓGENES DE IRISARRI.

D. HERMÓGENES DE IRISARRI.

LA MUJER ADÚLTERA (1).

I.

« Con mirra y con alóes
Perfumé cuidadosa el lecho mío ;
El nardo y cinamomo
Mis alfombras sahumaron del Egipto :
Galana entre oro y piedras
Luzca mi frente ante tu vista el brillo.
¡Oh, ven, pues, á embriagarme,
Caro mío, de amor en los deliquios,
Hasta que dé la hora
En que el día nos llame al sacrificio.
Hoy, que el esposo se halla
Lejos de la ciudad y su recinto,
Ven, en nocturna vela,
Á ser felice, como yo contigo. » —
De una azotea arriba
Así se oyó sonar, y entre el sombrío
Ramaje de naranjos
La voz de una mujer que abre un postigo
Y á su amante da entrada,
Y lo cierra tras ambos de improviso,

(1) Imitación de Alfredo de Vigny.

La secreta poniendo,
Que la puerta guardaba, en el pestillo.
Y luego estas palabras
Del amante y la bella enardecidos,
En la estancia se oyeron,
Vibrando el artesón de cedro rico:
« ¡Al fin vengo á abrasarme
En los rayos del sol de ojos tan lindos!
¿Por ventura es más bello
Que tu frente, en el valle, el fresco lirio?
¿Y más que el de tus labios,
De la rosa el perfume es exquisito?
Como blando tu acento,
Son suaves, oh hermosa, tus cariños.....
¡Ah, pronto, desanuda
Tu importuno collar, tus atavíos!
No; deja que mi mano
Pueda enjugar lo que el ambiente quiso
Llorar en tus cabellos
De su celoso y húmedo rocío.
—Por culpa mía sólo
La noche heló tu frente, ¡oh mi querido!
—Pero mi pecho en llamas
Sólo alienta de amor al albedrío;
¡Mi bella entre las bellas,
Cuando estoy junto á ti, me regocijo!
¿Qué importa de las noches
Exponerme por ti á coger el frío,
Si el fruto de la palma
Del amor no se coge sin peligros,
Si ese fruto lo tengo,
Si ya lo va á gustar el labio mío?
—Sí..... mas ¿qué pasos oigo?.....
Y á estas horas, así ¿quién da ese grito?
—Es que á oración convoca
Un hijo de Aarón al pueblo pío.....
¿Por qué te empalideces?
Deja, deja una vez que al fuego vivo
Del ardoroso beso

Nuestros amores sean consumidos;
De ti solo se pagan;
Ahuyente tu temor y tu desvío,
Y á toda negativa
Selle por siempre el labio purpurino! »
Y no se oyó ya nada;
Y la nocturna lámpara, su tibio
Resplandor consumiendo,
Por sí sola á la fin perdió su brillo.

II.

Era la hora en que el sol por el Oriente
Sus rayos enviaba á la campaña,
Á los verdes olivos lustre dando
En la Santa Montaña;
Era la hora apacible en que atraviesa
El camello el desierto,
Sobre el giboso lomo soportando
La carga tributaria,
De polvo todo y de sudor cubierto;
Era la hora en que el pastor que ha visto
La última estrella en el azul perderse,
Á la puerta se para de su tienda,
La blanca tela que la cierra alzando,
Á los suyos llamando
Á entonar el cantar que ha de ofrecerse
Al padre de la luz que un nuevo día,
Con nuevo sol, al universo envía.
Y el satisfecho seductor su crimen
Al secreto entregando,
Del placer ya enojoso se desvía,
El placer y la víctima olvidando.

Ella se queda sola allí y se sienta,
Y en su pálida frente se trasunta
El rubor que acrecienta

Del fiero torcedor la aguda punta ;
Fijar quisiera aquella noche triste
Que su cómplice ha sido,
Y que una sola fuera
Con su mal, y esa aurora
La última también y la primera.
Su falta y el lugar contempla ahora,
Se asombra de sí misma y de Dios duda ;
Inmóvil, yerta, muda,
Las manos junta, entrambos ojos clava
En la secreta puerta,
Y á no ser por el llanto
Que señal de la vida en ella daba,
Ser dijérase allí que estaba muerta.
Tal vió Sodoma á la mujer incauta
A quien Dios castigó cuando, soltando
Á su cólera el freno,
Y á dos pueblos malditos abrasando,
Sus palacios sumerge
De un pestífero lago en hondo seno.
Desoye la infelice
El celeste mandato :
Tal vez quiere mirar por vez postrera
El sitio donde vió la luz primera
Y en donde fué felice,
Ó la ambición su espíritu alentando,
Curiosa intenta levantar el velo
Del secreto de muerte ;
Pero sus pies se clavan en el suelo,
En estatua de sal se la convierte,
Y el justo que á Segor se encaminaba,
Pensaba que sentía
Los pasos que tras él ya nadie daba.

No se ve de otra suerte
La frente helada de la infiel judía.
Mas ¿quién es ese niño
Que á su lado aparece?
Porque mira llorar, él también llora ;

Con tímido ademán el beso implora
Que todas las mañanas se le ofrece,
Y con incierta planta
Receloso á su madre se adelanta ;
Y de su madre al fin, sereno un tanto,
Las mejillas besó que inunda el llanto.
¡Cuán dulces son sus besos !
Devolverlos intenta ;
Mas su esposo la espanta
Y á sus ojos en su hijo se presenta.
Delante de ese lecho,
Esas paredes y ese sacro techo,
De su secreto conyugal testigos
Y su amor criminal, se aterroriza ;
El maternal amor la ruboriza ;
Y en esa alcoba austera
Donde su hijo á besarle la provoca,
Ella manchar creyera
Los puros labios con su impura boca.
Quiso hablar, y su voz formó sonidos
Que murieron apena articulados ;
Acentos sofocados
Se escucharon también é indefinidos,
Y del fondo del alma adolorida
Pareció que arrancaba, á pesar suyo,
El último suspiro de la vida.
Aparta el hijo de su lado entonces,
Que tanto al corazón en sobresalto
La vergüenza ha tomado por asalto ;
Abrir quiere la puerta,
Y al rechinar los gonces
En el umbral se tumba ;
No de otro modo, el pedestal faltando,
La estatua alabastrina se derrumba.

III.

En ese mismo día,
En la ciudad su entrada hizo un viajero

Que volvía de Tiro.
Testimonio de que era hombre opulento
Sus caballos lo daban,
Su comitiva toda y sus arreos.
El onagro listado
Y el indolente y sufridor camello
Que al conductor se esquivaba,
Tras el guía marchaban delantero,
Á lomo sustentando
De la carga preciada el grave peso;
Y doce servidores
Que á su señor también iban siguiendo,
Las ricas sederías
Llevando en hombros y encorvando el cuerpo,
Y se decía el amo:
«No hay dudar que mi Séfora en acecho
Al horizonte pido
Y el polvo que apetece su deseo,
Y tal vez llora y clama:
«¡Ay, que aun está de la ciudad muy lejos,
Y el sol se ha levantado,
Y el camino de Tiro está desierto!»
Sorprenderse la miro
Cuando anhelosa sálgame al encuentro;
Y le diré yo entonces:
«Regocíjate, oh bella; todos esos
Alfombrados, ese ámbar,
Esa seda, esa púrpura, mi afecto
Te hace obsequio de todo;
Y aquí les traigo, de bruñido acero,
Á tus ojos divinos,
El que tú ambicionabas claro espejo.»
Y en las tortuosas calles
De la Santa Sión, así diciendo,
De una en otra pasando,
Se le perdió de vista en un momento

IV.

Y era día de fiesta, y en el templo
El pueblo rumoroso se agolpaba;
Los niños, los ancianos, las mujeres
Que, en contrición y llanto sumergidas,
Buscaban decididas
Remedio para el mal que las labraba.
El ciego que gritaba,
Y el torpe cojo que correr quería,
Y el asco de la tierra,
El impuro leproso,
Cada uno refería
De su cura el milagro portentoso,
Á los pies del Señor de tierra y cielo
La turba prosternándose en el suelo.
El que ha nacido entre el dolor y penas,
Rey de la pobre gente,
Milagros prodigaba,
Derramando el consuelo á manos llenas;
De sus labios manaba
De oráculos eternos una fuente;
La carga de la vida compartía
Con todo el que sufría;
Igualábase al pobre en la pobreza,
Saliéndole al encuentro su grandeza.
Y algunos hombres rudos,
De humilde nacimiento,
Pero en su escuela divinal formados,
Pero llenos del mismo sentimiento,
Lo seguían callados
Contemplando la luz que despedía
La célica aureola
Que su testa sagrada circuía.

De súbito aparece,
Arrebatada entre tropel furioso,

Por el pelo cogida,
Manchada una mujer de sangre y lodo;
Al cielo levantaba
Sus azorados y brillantes ojos;
Los brazos no, que atados
Los tenía á la espalda por los codos.
Ante el Hijo del Hombre
Es conducida; los escribas torvos,
Imaginando insultos,
Y engolfados en mares de sus odios,
Reunidos se adelantan,
La presentan, y uno habla de este modo:
«Decidnos, ¡oh Maestro!
¿Qué pensáis vos de ese pecado odioso?
Sorprendida y culpable
Esta adúltera ha sido entre nosotros,
De Moisés en las leyes
¿Qué halláis contra ella?» Y la afrontaban todos,
Y la infel desposada
Su espantado mirar giraba en torno,
Como buscando alguno
Que en trance tal sirviérale de apoyo.
Y con piedras en mano,
Ensañando á las turbas el encono,
Su fiesta de ella hacían
Y estos gritos se daban unos y otros:
«¡Ah, que apedreada sea
La adúltera mujer: ya el alevoso
Seductor está muerto!»
Y lloró la infeliz. Pero de pronto:
«La primer piedra tire
Quien se halle sin pecado entre vosotros»,
Dijo Jesús; y á un lado
Á colocarse fué, volviendo el rostro.
El inconstante pueblo
Comenzó á serenarse poco á poco;
Y al fin apaciguado,
Dejó de ser como era numeroso;
Al tiempo que el Maestro,

Inclinándose á tierra, hizo en el polvo,
En idioma ignorado,
Caracteres que un dedo misterioso
En la mansión celeste
Retrazó de los Ángeles Custodios.....
Jesús, al levantarse,
Miraba á su alrededor, y estaba solo.